

GITANOS Y PARTICIPACIÓN SOCIAL

AGUSTIN VEGA CORTES (*)

I. Introducción

Cuando me dieron el encargo de elaborar una ponencia sobre la participación social de los gitanos inmediatamente manifesté mi conformidad. No sólo por el hecho de colaborar así, de una manera activa en los trabajos del I Congreso Europeo de la Juventud Gitana, sino porque el tema me parece uno de los más importantes de todos los que los gitanos tenemos que resolver. Y digo «tenemos que resolver» porque entiendo que no siempre todos los planteamientos que se hacen dentro de lo que pudiéramos llamar la «expresión colectiva» de los gitanos favorecen algo que para mí es esencial: la participación de los gitanos como ciudadanos de sus respectivos países, tanto en el ámbito propiamente político como en eso que se conoce como sociedad civil.

Confieso mi falta de conocimientos profundos sobre la situación de los gitanos en todos y cada uno de los países de Europa. Sé que son situaciones y realidades muy diferentes y que existen diferencias marcadas, tanto por el transcurrir histórico de los diferentes grupos de gitanos establecidos en esos países como por la misma realidad histórica y política de cada nación. Dicho esto, quiero aclarar que los planteamientos que se exponen en esta ponencia parten en primer lugar de la realidad española, cuyos rasgos esenciales en torno al tema que nos ocupa son, por una parte, una situación de democracia consolidada y una población

gitana sedentaria con una fuerte conciencia nacional.

Naturalmente, en un país en que no exista la democracia --o esta sea limitada y más formal que real, como ocurre en algunos países europeos--, o bien cuando la población gitana sea mayoritariamente itinerante, los planteamientos sobre participación social no pueden ser los mismos. Hablar de participación de los gitanos, cuando no hay libertad, es algo quimérico y a su vez absurdo. De la misma forma que hablar de participación social de los gitanos, cuando estos no tienen un lugar fijo de residencia, requiere un planteamiento diferente, aunque no vamos a exponer esta problemática en este momento. Espero que con el debate y la participación de gitanos y gitanas de distintos países, conocedores de las diversas realidades del mundo gitano en Europa, podamos elaborar unas resoluciones que puedan completar la ponencia, que no tiene otro fin que el de provocar y articular el debate en este grupo de trabajo.

Espero que mi intervención sirva para suscitar la participación de todos vosotros en un debate que, sin duda, puede ser más interesante que las cosas que yo pueda decir.

Ante todo, decir que es magnífico que seamos los mismos gitanos los que hablemos de nuestra situación y elaboremos nuestras propias propuestas. Naturalmente que tenemos que abrir los brazos a todas las personas que de buena fe se acercan a nosotros y pretenden ayudarnos a resolver los grandes

problemas que tenemos, pero también es necesario que comencemos a superar los complejos sobre nuestras propias capacidades y comprendamos que muchas veces detrás de magníficos discursos y documentos de los llamados expertos o técnicos sobre cuestiones gitanas, no hay más que eso: palabras y palabras que se disfrazan de tecnicismos para ocultar su falta de profundidad sobre las verdaderas causas de nuestra situación. Muchas veces sobran palabras y falta corazón, compromiso sincero y voluntad real de llegar a la raíz de los problemas.

La participación social no puede verse de una forma aislada de lo que son los planteamientos básicos de los gitanos más o menos organizados, que somos los que asistimos a este Congreso. Por ello presento a continuación una serie de consideraciones previas, con la intención de situar nuestro debate en un marco amplio y no restringirnos a cuestiones más o menos formales, lo que sería impropio de un encuentro de la envergadura y la transcendencia de este Congreso.

II. Consideraciones previas

La diferencia esencial entre un pensamiento expresado de viva voz y un pensamiento escrito sobre un papel para que lo lean los demás consiste en que las palabras se las lleva el viento y lo que se escribe, escrito queda. Sabedores de esto, cuando escribimos algo, lo hacemos como si fuera lo último que hacemos en nuestra vida y con la intención de que nuestras palabras sean definitivas. De esta forma ocurre que medimos cada vocablo, estudiamos cada concepto y le damos vueltas y vueltas hasta asegurarnos de que lo que queremos decir queda lo suficientemente claro y, además, es transcendental. Esto tiene una ventaja y es que, por lo general, cuando uno escribe, suele decir menos tonterías que cuando habla.

Sin embargo, tanta prudencia a la hora de expresar ideas por escrito tiene como consecuencias la autolimitación del mismo pensamiento y la ausencia de un libre y verdadero intercambio de ideas. De tal manera, que al final venimos a decir cosas que ya se han dicho, que ya se saben o sobre las que todo el mundo está de acuerdo. Es decir, que no sirven para nada.

Una discusión profunda, necesaria para luchar contra la marginación

No obstante, y corriendo el riesgo de cometer algunos errores, que vosotros sabréis corregir, voy a plantear una serie de cuestiones que, aunque puedan parecer excesivamente genéricas o que se salen del tema que nos ocupa en este grupo de debate, creo que están estrechamente relacionadas con la participación social. Dada la importancia de este encuentro, y como nadie sabe cuándo será posible celebrar otro igual o parecido, es necesario abrir una sincera y profunda discusión e intentar, posteriormente, concretar algunas resoluciones sobre participación social, que puedan ser válidas para nuestro trabajo asociativo.

La incertidumbre sobre el futuro de la identidad gitana, a medio y largo plazo, planea como una sombra omnipresente en todas y cada una de las ocasiones en que grupos de gitanos tenemos ocasión de reflexionar sobre nosotros mismos. Pero he podido observar que, por lo general, no es en las reuniones formales de las asociaciones, ni en las conferencias y congresos, donde esas reflexiones se plantean con sinceridad, sino que es en la libertad de la charla informal, en el debate improvisado en torno a una taza de café, cuando los gitanos, sea cual sea nuestro nivel de instrucción, hablamos con profundidad sobre nuestro pasado, nuestro presente y sobre nuestro futuro. Libres del formalismo de las reuniones, del encorsetamiento de los «órdenes del día» y del «pide la palabra por favor», caminamos

con toda naturalidad por las sendas de la política, de la sociología y hasta de la filosofía, o, al menos, intentamos llegar a la profundidad de las cosas.

De las muchas ocasiones en las que he participado en charlas de este tipo, he llegado a la conclusión de que hay un acuerdo bastante generalizado respecto a que la mayoría de los gitanos más o menos organizados y comprometidos con la causa gastamos gran parte de las fuerzas que tenemos de la forma más estéril. Y que, embargados por lo inmediato y lo superficial, inmersos en la dinámica que nos marcan desde las Administraciones, que sólo nos considera marginados económicos y sociales sin otros intereses que el de comer cada día, no acabamos de profundizar de verdad en nuestro pasado y analizar nuestro presente. De tal forma que, hoy por hoy, carecemos de un planteamiento (o de unos planteamientos) de lo que queremos para el futuro.

Con frecuencia la mayoría de nosotros confundimos lo accesorio y coyuntural con lo esencial y definitivo. Colaboramos consciente o inconscientemente a que se mezclen las necesidades de tipo material que sufren amplios sectores de gitanos pobres, con lo que debería ser una política global de respeto y consideración hacia nuestro pueblo dirigida hacia el conjunto de la población.

Rompiendo el maleficio de los estereotipos

Mientras tanto, la realidad de la vida se impone a diario y cada día que pasa somos más débiles porque estamos perdiendo el *tempo*, la ocasión histórica de cambiar ese maleficio que hasta ahora nos ha condenado a ser «gitanos» en el sentido que a esta palabra le dan los demás.

Nuestra imagen cada día es peor. Se nos ve como incultos y conflictivos, cuando no como delincuentes. La misma palabra «gitano» es para la mayoría de la población la

definición de una condición social marginal más que el nombre de un pueblo o de una minoría étnica. Así, resulta que lo mismo que cuando se quiere definir a un individuo con mala pinta se le dice «pareces un gitano», y cuando se quiere alagar a uno que sí lo es se le dice «tú no pareces gitano».

Que la palabra «gitano» sea utilizada como sinónimo de «mala gente» define mejor que mil discursos la verdadera imagen que tenemos y cuál es nuestra situación. Que esto sea así es fruto de nuestra propia historia y esto ya lo sabemos. Lo mismo que sabemos que la misma historia de España, y de otros países europeos, condicionada durante siglos por los fanatismos religiosos y políticos, también ha determinado nuestro propio devenir histórico. Sin embargo, en la medida que la sociedad avanza en un sentido de progreso (todo lo relativo que se quiera, pero de progreso al fin y al cabo), en un sentido de justicia social y de igualdad de oportunidades, y nosotros como colectivo, continuamos ignorados cuando no despreciados y marginados incluso por las corrientes sociales, culturales y políticas más progresistas, cada vez le resulta a uno más difícil explicarlo todo en términos de victimismo y cada vez le asaltan a uno más interrogantes sobre el grado de responsabilidad que los mismos gitanos tenemos.

Por primera vez en la Historia, más por circunstancias externas que por nuestra voluntad, estamos empezando a ser considerados un grupo humano diferenciado al que hay que escuchar. Lo que digamos o lo que nos callemos, hipotecará en parte el futuro de las generaciones gitanas venideras. La responsabilidad es demasiado importante como para que por activa o por pasiva permitamos que nuestras verdaderas ideas y aspiraciones continúen en la ambigüedad, cuando no secuestradas, por algunos (o muchos), que con la excusa de «promocionarnos» se sigan «promocionando» a sí mismos. Y lo que es peor, les interese que sigamos como hasta ahora.

III. Democracia, sociedad civil y participación

El concepto de sociedad civil es inseparable del de democracia. Y se podría definir la democracia, como aquella sociedad en la que se dan las condiciones objetivas y subjetivas para que los ciudadanos puedan ejercer sus derechos democráticos de participación y de intervención directa en todos los ámbitos sociales. Naturalmente que no hay ninguna sociedad civil ideal y, aún en aquellas sociedades democráticas más avanzadas, porque el ejercicio real de los derechos y libertades ciudadanas están limitadas por las desigualdades de clase y los diversos poderes *de facto*, que en muchas ocasiones se sitúan por encima de los poderes políticos democráticos. Sin embargo, no es menos cierto, que en aquellas sociedades en las que los ciudadanos tienen una mayor conciencia política y democrática, allí donde existe un fuerte asociacionismo ciudadano, la democracia es más real y cada día conquista mayores parcelas de poder.

¿Cómo pueden participar los gitanos en el marco democrático?

En este contexto de democracia que vivimos en España, los gitanos, al igual que el resto de los ciudadanos tienen dos vías de participación:

- A) **De forma colectiva** a través de las asociaciones gitanas u otros modelos de agrupación, cuya finalidad sea la defensa de los intereses sociales y culturales de los gitanos.
- B) **De forma individual**, en su calidad de ciudadanos de sus respectivos países y de acuerdo con sus intereses profesionales, culturales y con sus ideas.

En lo que se refiere a las asociaciones y entidades gitanas en general es necesario

romper la inercia al aislamiento y entender que en los movimientos ciudadanos y sociales democráticos tenemos nuestro mejor aliado para hacer que nuestras reivindicaciones sean asumidas por el mayor número de personas posibles. Pero, además, tenemos que comprender que la mejor forma de combatir los mensajes y las actitudes racistas contra nosotros es la relación permanente y directa los ciudadanos y sus entidades representativas. Para ello es necesario que las organizaciones gitanas se propongan una maduración en sus planteamientos, tanto en el campo teórico como en el organizativo.

Algunas reflexiones sobre la participación social de los romá

Es necesario que comprendamos que los gitanos no sólo tenemos que ser los receptores de la solidaridad y el apoyo de los demás sino que también nosotros tenemos que ser emisores de solidaridad con otros grupos de personas que en un momento determinado necesiten esa ayuda. Pero, además, tenemos que ser conscientes de que, más allá de nuestros intereses específicos como gitanos, compartimos con todas las demás personas intereses general como la paz, la defensa del medio ambiente o la lucha contra el desempleo y la pobreza.

Los gitanos además de recibir ayudas, también podemos ser emisores de solidaridad

Hay que empezar a rechazar falsos conceptos como el que hay una sociedad paya y una sociedad gitana. La sociedad de un determinado país hay que entenderla en un sentido amplio y plural, como el marco de relaciones muchas veces conflictivas, e in-

cluso antagónicas en el que se desenvuelven diversos intereses de grupos. Estos grupos son sociales, económicos, políticos, culturales y -esto es lo que hay que tener claro- incluso étnicos. Cada uno de estos grupos defiende sus intereses, a veces en abierta confrontación con otros, como es el caso de los obreros y los empresarios o, el caso de los ecologistas, contra las industrias contaminantes. La sociedad por lo tanto es una realidad compleja y, aunque es verdad que siempre hay determinadas ideas que son hegemónicas, no es menos cierto que en las democracias las posibilidades de participación, de asociación y por lo tanto de presión sobre los poderes públicos y otros poderes permite un cierto equilibrio de intereses contrapuestos.

Hay que acabar con la dicotomía de una sociedad dividida entre gitanos y payos

Los gitanos tenemos en común un origen histórico, una cultura y, sobre todo, una fuerte voluntad de conservación de nuestra identidad. Pero, al mismo tiempo, somos individuos con intereses y con inquietudes diversas, como ocurre con cualquier otro grupo. Nuestra condición de ciudadanos de nuestros respectivos países nos debe permitir incorporarnos a la sociedad en la que vivimos, sin complejos ni autolimitaciones.

La integración de los roma no ha de estar reñida con el deseo de conservar la identidad gitana

Las asociaciones gitanas deberían participar en todas aquellas coordinadoras o plataformas ciudadanas, cuyos objetivos tengan que ver con la paz, con la defensa de la naturaleza, con la solidaridad con los países

más necesitados, y en general con todo lo que sean principios democráticos y de progreso.

Las asociaciones no pueden ser los ayuntamientos o los pequeños gobiernos de los gitanos de una determinada ciudad. Si la asociación se convierte en una entidad que entiende de todo, que interviene en todos los aspectos que afectan a los gitanos, estos acuden a ella para que les resuelva cualquier tipo de problema en lugar de acudir donde van los demás ciudadanos. Y, por otra parte, al convertirse la asociación en la vía por la cual se intentan canalizar todos sus intereses, no participan en aquellas otras entidades especializadas. Por poner un ejemplo, si una asociación gitana se convierte en una vía para buscar empleo público para los gitanos en paro, estos no acudirán a los sindicatos o asociaciones de parados y, por lo tanto, no participarán junto con los demás obreros en paro en la reivindicación de puestos de trabajo.

Las asociaciones gitanas no deberían canalizar cualquier tipo de problema que afecte a los gitanos

Los gitanos tenemos que desmitificar el mensaje de la unidad, si este mensaje lo que quiere decir es que tenemos que estar todos organizados en las mismas asociaciones o abrazar todos los mismos planteamientos concretos en cuanto métodos de trabajo y prioridades. Sé que el mito de la unidad es algo muy atractivo para cualquier grupo social que tenga unos intereses comunes. Pero nosotros no somos un colectivo social. Un colectivo social son los jubilados, los parados o los seguidores de un equipo de fútbol, pero nosotros somos un pueblo, una minoría étnica, o una cultura, pero no somos un grupo social, puesto que nuestra identidad colectiva no se fundamenta en condiciones sociales o en formas de vida. Nuestra identidad es étnica o cultural, pero socialmente

diversa y a veces muy diferente entre unos grupos gitanos y otros.

Los gitanos no somos un colectivo social, sino un pueblo, una comunidad con lazos étnicos y culturales

Es natural y lógico, por lo tanto, que tengamos diferentes intereses y distintas formas de entender las cosas. Tiene que reflejarse en una pluralidad de organizaciones, que en absoluto nos debilitan sino que al contrario nos fortalecen, porque eso es lo que puede permitir que cada día se incorpore un mayor número de gitanos y de gitanas, de distintos niveles sociales, económicos y culturales, a la lucha común por la defensa de nuestra identidad colectiva y por nuestros derechos ciudadanos. Tiene que quedar claro, porque parece que no siempre es así, que los gitanos, lo mismo que todos los demás ciudadanos de cualquier país democrático, tenemos derecho a organizarnos de la forma que mejor nos parezca y bajo las ideas que consideremos más acertadas en cada lugar y en cada momento.

En nombre de unos pretendidos intereses colectivos, no pueden ponerse trabas a los derechos fundamentales individuales de cada hombre y de cada mujer. La defensa de la libertad del pueblo gitano empieza por el respeto a la libertad individual de cada uno de sus miembros. Si no se consagra este principio en todos nuestros planteamientos, en todas y cada una de nuestras organizaciones, al nivel que sea, estaremos haciendo un discurso hipócrita y demagógico que no servirá más que para cercenar nuestras capacidades. Ya sabemos que para las administraciones públicas es mucho más fácil tratar con una asociación que con dos o varias, pero eso mismo ocurre con las centrales sindicales, con las asociaciones de estudiantes o con los grupos ecologistas. La diversidad, la pluralidad, es una riqueza de las democracias ¿Cómo se atreve nadie a

pedirnos a nosotros lo que a otros ni siquiera se atreven a insinuarles? ¿Cómo vamos a aceptar nosotros una limitación de nuestras propias capacidades? ¿Un empobrecimiento de las ideas?

Otra cosa es la unidad de los gitanos en torno a unos planteamientos globales sobre qué somos, y hacia dónde queremos caminar. Pero esa coincidencia de planteamientos tiene que venir como consecuencia de un proceso de debate en profundidad y de una verdadera participación del mayor número posible de gitanos a través de aquellas organizaciones sociales, culturales o políticas que cada grupo gitano, y a cualquier nivel, quiera crear.

La participación de los gitanos en su calidad de ciudadanos, no sólo es compatible con la participación como colectivo a través de las organizaciones gitanas, sino complementaria e imprescindible. Esa participación, sólo puede darse a través de su presencia en los diversos ámbitos sociales donde se desenvuelve la vida ciudadana: en el trabajo, el estudio, el ocio o la política. Pero esa incorporación no se hace en abstracto. Para incluir en la enseñanza hay que estar dentro del sistema de enseñanza. Como alumno, como padre de alumno o como profesor. Para influir en el mundo laboral hay que estar en los sindicatos. Para influir en la vida de nuestros barrios y nuestras ciudades hay que estar en las asociaciones de vecinos y otros movimientos ciudadanos. Por lo tanto, una mayor presencia de los gitanos en eso que llamamos la sociedad civil, sólo puede darse como consecuencia de una mayor incorporación en los ámbitos del trabajo de la educación o de la cultura.

La participación de los gitanos en la sociedad civil ha de hacerse mediante incorporación de estos en colectivos y organizaciones

IV. Cultura y participación social

La cultura, tanto en sus aspectos materiales como espirituales, es la expresión colectiva del ser social de un determinado grupo humano que, a su vez, no es sino el fruto y el reflejo de sus propias condiciones materiales de vida y de su devenir histórico. Y, ciertamente para cualquier pueblo, su cultura es única e irrepetible y no solamente hace de su conservación algo vital y perentorio sino que tiende incluso a idealizarla frente a las demás culturas, e incluso se resiste a aceptar que también su cultura está sujeta a las leyes generales que rigen los procesos y transformaciones sociales y culturales de todos los seres humanos. Esto, que es aplicable a cualquier grupo humano con una cultura común, es mucho más importante cuando como ocurre con el pueblo gitano, la carencia de un territorio propio, o lo que **Valentín Suárez** llama «un centro cultural», ha provocado que la cultura, la forma de ser y de percibir la realidad haya ocupado el lugar de «patria» y sea la única señal de identidad y de pertenencia que tenemos. Por eso, se puede decir que para un gitano su familia es su «patria chica» y a través de ella se incorpora y se identifica con la «patria común» que es el conjunto de los gitanos.

El deseo vital de conservar la gitanidad

Pero ese concepto «idealista» que tenemos los gitanos de nuestra cultura no nos puede llevar a invertir la realidad y pensar que somos fruto de nuestra cultura, en vez de entender que nuestra cultura es fruto de lo que somos. No es un juego de palabras, sino que encierra lo que para mí es y la clave esencial para comprender de verdad nuestra actitud ante la vida. Una actitud marcada por el deseo vital de seguir siendo gitanos,

pero, al mismo tiempo, una aceptación mayoritaria y fatalista de que nadamos contra corriente y que cada día nos acercamos más al precipicio, empujados por la fuerza imparable de una sociedad que impone sus valores y sus reglas. En definitiva, somos conscientes de que estamos sufriendo un proceso que los antropólogos llaman la culturización, pero no encontramos la forma correcta de oponernos a él.

El etnocentrismo, como instrumento de defensa ante los demás, no es algo privativo de los gitanos, cualquier grupo étnico tan minoritario como el nuestro tiende a un cierto grado de aislamiento, como una forma de defensa de su identidad. Pero en el caso de los gitanos esta tendencia adquiere tales proporciones, que dificultan enormemente la participación social. En este punto, quiero insistir en algo que dije al principio de esta ponencia: mis planteamientos parten de la realidad que conozco, que es la de los gitanos españoles, que están en condiciones, al menos en su mayoría, de plantearse estos temas de una forma que, quizás, en otros países no sea posible.

La cultura mayoritaria no puede ser ajena a los gitanos

Creo que para conseguir la participación social, tenemos que tomar una mayor conciencia ciudadana superar el planteamiento erróneo de considerar a la cultura imperante en la sociedad como algo ajeno a nosotros y antagónica a nuestra propia cultura.

Considerar la cultura no propiamente gitana como «la cultura de los otros», de los no gitanos, sin comprender que los rasgos específicos de la cultura gitana en el terreno de los sentimientos, la lengua y las manifestaciones artísticas son perfectamente compatibles y complementarios de esa otra cultura a la que se llega a través del conocimiento y de la preparación, y que es de valor universal. Esa cultura no es patrimonio de

ninguna étnia en particular sino de las sociedades en su conjunto. No es de «los otros» ni es de «los nuestros»: es de todos. Que en las universidades no se enseña cultura paya ni gitana: se enseña historia, literatura, derecho, medicina, arte, filosofía, sociología, matemáticas, física y un montón de conocimientos más que no están pensados para ir en contra de la cultura gitana ni de ninguna otra, sino que son el compendio de los conocimientos humanos que van desde los filósofos griegos del siglo VI, antes de Cristo, hasta los descubrimientos últimos de física nuclear. Y que son leves conocimientos los que han permitido que el género humano domine a la naturaleza, venza las enfermedades y el hambre, y luche para terminar con las barbaries y las tiranías de todo tipo que el mundo ha padecido y aún padece en gran parte. Es cierto que el dominio de todos esos conocimientos no garantiza por sí solo ni la felicidad del hombre ni la justicia de las naciones, pero es más cierto aún que la ignorancia y el atraso, son la mayor de las tiranías y el germen de todas las penalidades.

Esos conocimientos humanistas y científicos es lo que se llama «cultura» en el sentido universal y no sólo no tiene porqué ir en detrimento de los rasgos culturales de los grupos étnicos sino que, precisamente, en la medida que los componentes de estos grupos accedan a ellos y los dominen, puede repercutir en el propio beneficio de sus propios valores culturales, enriquecerlos y hacerlos perdurar.

Por eso estoy convencido de que los problemas de la cultura gitana no están tanto en ser una cultura minoritaria como en ser una cultura débil y permeable ante los aspectos más negativos de la sociedad. Y su debilidad es consecuencia de nuestra poca capacidad intelectual, técnica y científica para dotarla de instrumentos que le den fuerza y vigor. Fruto de esa debilidad de ese «vivir bajo mínimos» es su desprestigio ante los ojos de los no gitanos, que en un

efecto «boomerang» la debilita aún más ante nosotros mismos.

Hay pueblos que en la Historia han sido más perseguidos y humillados que nosotros. Sin embargo, no sólo han conseguido sobrevivir, sino que se han ganado el respeto del mundo gracias a su capacidad para superarse y por sus aportaciones al patrimonio común de la Humanidad, tanto en el terreno de las artes como en de las ciencias.

La presencia de gitanos en las aulas será la manera de llevar la cultura gitana a la enseñanza

Por eso, cuando decimos que en los centros de enseñanza no se habla de la historia y de la cultura del pueblo gitano, tenemos razón. ¿Cómo vamos a negar la enorme indiferencia de la escuela ante los gitanos? Pero, además de denunciar eso y elaborar propuestas concretas para ir cambiando esa situación, hay que llenar las aulas universitarias y los institutos de jóvenes gitanos y gitanas. La presencia de los gitanos en los centros culturales y académicos es la mejor, y yo diría la única garantía, de que la cultura gitana esté presente en los mismos. Nuestras protestas por la indiferencia del mundo universitario ante la historia y la cultura gitana son justas, pero ciertamente parten del complejo de que son los otros, los no gitanos, los que tienen que decir lo que fuimos y lo que somos, de qué son los libros, y dar las lecciones.

Es cierto que lo que se opone a la plena incorporación de los gitanos a la escuela es el racismo ambiental que se vive en las clases contra los gitanos, porque la escuela es el reflejo de la sociedad, pero también tienen una gran responsabilidad aquellos adultos gitanos que no acaban de ver que el futuro de sus hijos como personas y como gitanos pasa por la formación, por el dominio de la cultura en su amplio sentido. Hay que ser gitano por deseo propio, por el convenci-

miento íntimo y profundo de ser lo que fueron tus padres y tus antepasados, pero asociar nuestra condición de gitanos a determinados formas de vida y a determinados oficios, es dar la razón a los racistas que dicen que ser gitano es ser pobres o ir sucios. El conjunto de nuestros valores culturales sólo lograrán perdurar en la medida que nosotros mismos seamos capaces de asimilar de forma constructiva las necesarias transformaciones en nuestras pautas de comportamiento ante la cultura común, o por el contrario continuarán los otros marcando nuestro futuro que no es otro que la asimilación y la desaparición como pueblo gitano.

Esta actitud positiva y constructiva ante nuestra participación social no debe impedir que al mismo tiempo seamos radicales en la lucha contra todo tipo de discriminación o racismo allí donde se dé, mediante una actitud firme y rotunda en defensa de nuestros

derechos. No se trata de ir con paños calientes ni de ir con discursos demagógicos que pretendan gustar a unos y a otros y que al final no sirven para nada.

Participación social es abrirse a la sociedad. Pero abrirse a la sociedad no es como piensan algunos llevar la televisión a las bodas gitanas ni enseñar los ritos gitanos como si fueran un espectáculo. Es ocupar los espacios sociales, económicos, culturales y políticos que proporcionalmente nos corresponden. Abrirse a la sociedad es mantener una actitud de lucha contra el racismo, no dando gritos en la calle, que también, sino llegando a la conciencia de las personas a base de desmentir con la palabra y con los hechos toda la leyenda negra que se ha tejido a nuestro alrededor. Abrirse a la sociedad es derribar los muros de los celos y de las desconfianzas.

(*) **Agustín Vega Cortés** es presidente de la Asociación Opinión Romání, de Zafra (Badajoz). Este texto fue elaborado para su exposición en el Grupo de trabajo sobre Libertades Públicas y Participación del I Congreso Europeo de la Juventud Gitana, y fue leído el 6 de noviembre de 1997 en Barcelona.

CARTAS DEL PUEBLO GITANO

Autor: Juan de Dios Ramírez-Heredia

Las páginas de este libro contienen un testimonio de especial valor para demostrar cuáles son las inquietudes actuales del pueblo gitano. Por encima de lo que puedan decir quienes de una forma u otra están en la vanguardia del movimiento gitano, el lector tiene entre las manos la voz del pueblo sencillo que se manifiesta libremente cuando sabe que, se dirige a quien cree que puede entenderle y ayudarle.

Cubiertas en cartulina plastificada a todo color. 203 páginas.

Precio: 1.500.- Ptas.

**PEDIDOS AL APARTADO DE CORREOS 202
08080 BARCELONA**